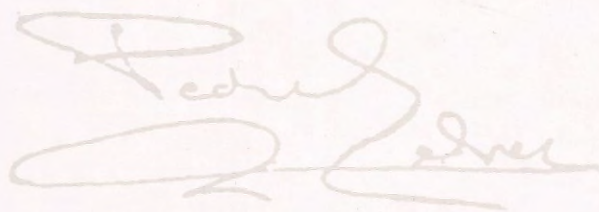


Pedro García Cabrera

Transparencias Dársena Entre 4 paredes



BIBLIOTECA BASICA CANARIA

32

**TRANSPARENCIAS FUGADAS
DÁRSENA CON DESPERTADORES
ENTRE 4 PAREDES**

Edición de Domingo-Luis Hernández



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan-Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Álamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Pedro García Cabrera

TRANSPARENCIAS FUGADAS
DÁRSENA CON DESPERTADORES
ENTRE 4 PAREDES

Islas Canarias
1990

© Para la introducción **Domingo-Luis Hernández**

© Para el texto **Pedro García Cabrera**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-45-8

Depósito Legal: M. 36.477-1990

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	11
NOTA EDITORIAL	25
TRANSPARENCIAS FUGADAS	27
entronque lírico de "transparencias fugadas" ..	29
entronque intelectual de "transparencias fugadas"	31
1. el aire entraba en mí sin encontrarme ..	33
2. fugado de algún témpano de hielo	34
3. por qué cristales fríos	35
4. rompió la noche el freno	36
5. viaja el viento	37
6. movió la estrella su testuz	38
7. espuela de la prisa	39
8. no quiso el viento apadrinar su invierno.	40
9. ni llegas. ni te vas. ni estás presente	41
10. por hallar el perfil de su absoluto	42
11. llamaba por sus sienes, y sus sienes	43
12. ni las geometrías estiradas	44
13. poco a poco me iba suprimiendo	45
14. no lo saben tus selvas de trapecios	46
15. y sin decir adiós, sin que las hojas	47

	<u>Págs.</u>
16. único y sin fronteras. compacto	48
17. sí. este ir y venir, sincronizado	49
18. creyéndote perdido, te buscabas	50
19. rompiendo los cristales de mis ojos	51
20. siempre te sobras a tu sed. si llegas	52
21. un delirio de órbitas y fusas	53
22. ni a la voz de la sombra del recuerdo	54
 DÁRSENA CON DESPERTADORES	 55
Prólogo	57
Habla un interruptor	59
Habla un albornoz a rayas	61
Habla el pájaro del sueño	63
Habla la araucaria del amor	65
Habla el humo en el viento de la manzana ...	67
Habla la atmósfera del vidrio	69
Habla otra vez la angustia	71
Habla nueva edición de corales lentos	73
 ENTRE CUATRO PAREDES	 75
[Prólogo]	79
I. ESTE HOGAR EN QUE VIVO	81
Compañera te doy	83
A la derecha, entrando	85
Casa de alquiler	87
Aniversario	89
Media naranja	91
Nuevo hogar de una concha	93
Adoración a Hugo, rey	95

	<u>Págs.</u>
Ani	97
Elegía de un banco	99
La escoba	101
Voces de servidumbre	103
Compañero ausente	105
Mis sellos, los desaparecidos	107
Casa de Tacoronte	109
Pesadilla	111
 II. TIEMPO DE VACACIONES	 115
A orillas del mar	117
A la vera del bosque	119
 III. EL HOGAR EN VOLANDAS	 123
Mensaje al español peregrino	125
Carta a José Domingo	127
Ha llegado tu carta	129
Me visita tu ausencia	131
Testimonio	133

INTRODUCCIÓN

1

La extensa obra poética de Pedro García Cabrera (Vallhermoso, 1905-Santa Cruz de Tenerife, 1981) está determinada por un doble efecto: los avatares del convulsivo mundo artístico de los primeros treinta años del siglo y las convicciones ideológicas a que se acoge, afirmadas por los acontecimientos históricos de la España de su tiempo, algunos de los cuales fueron vividos directa y fatalmente por el poeta. Esa contradicción está presente de manera dispar en sus libros y en algunos de los textos teóricos que cotejan su cosmogonía y sus preceptos: el ser conquistado por el arte de la palabra, y el retenido por el compromiso humano y político. De esa diversidad se nutren sus experiencias literarias, y ella es la causa de algunos de los aciertos más llamativos y festejados, y también de los fracasos; los que conjugan el convencimiento epifánico y fundacional con un espíritu lúcidamente insular, en la fijación de sus elementos y en los valores que los determinan, desde *Líquenes* (1928), con certeras expansiones como *Transparencias fugadas* (1934), *La rodilla en el agua* [1934-1935] (1981) o *Las islas en que vivo* (1961), hasta la deformación contextual y denotativa de *Día de alondras* (1951), *Entre cuatro paredes* (1968) o *Vuelta a la isla* (1968).

El inicio de la actividad literaria de García Cabrera se remonta al año 1922. Sus primeros poemas aparecieron

en *Gaceta de Tenerife*, a partir de 1925, y a su inmadurez personal y técnica se reducen las consecuencias, auspiciadas por el agónico y decadente (si alguna vez nació) romanticismo español. A ello se suman otras prerrogativas que tienen como sustento el marchito modernismo (muchas de las aportaciones a la revista *Hespérides*) donde también se encuentran los trazos de lo que será su aventura iniciática más consecuente, alongada al reclamo paisajístico que está en lo mejor del citado *Líquenes*. Confluyen en él, asimismo, voces del Lorca más simple y popular y algunos aditamentos de la Vanguardia a que luego recurrirá con profusión el poeta, y de que es parte el más atinado de los movimientos a que se prendó García Cabrera: el Creacionismo.

Desgranados los signos de su primera e inmadura etapa, la sumisión vanguardista anda pareja al encolerizado rumbo de lo nuevo del que pende la reorganización ideológica particular (miembro activo del PSOE desde 1931; participación en las elecciones municipales de ese año con la coalición republicano-socialista). La recepción del vanguardismo hispánico en Canarias había abonado parte de su quehacer teórico y polémico al inicio de los años de 1930. Desde los foros universitarios (la famosa lección de Ángel Valbuena Prat acerca de las características de la poesía canaria es de 1926, y Agustín Espinosa, acaso alertado de que en el subconsciente es donde se encuentran las tramas identificativas, se había dado a la recopilación de material anónimo por esos años) se alentaba la participación paritaria. *La Rosa de los vientos* había nacido en 1927, y no es por casualidad por lo que se percibe una par sintonía con las posturas esgrimidas por García Cabrera (y el grupo que aglutinó la revista *Cartones*) en su conferencia «El hombre en función del paisaje» (*La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 16, 17, 19 y 21 de mayo de 1930). La revista de Carlos Pestana Nóbrega, Agustín Espinosa y Juan Manuel Trujillo, que no tuvo más miras, conforme el proceder racional dimanado de tal decurso,

que conectar con los movimientos hispánicos de entonces (*La Gaceta Literaria*, la recuperación gongorina, el ludismo literario, el ultraísmo...), dominó el espectro para sustraer valores equiparables a lo particular exponiéndolo junto con las muestras en que asentaban su afiliación. Los poetas de *Cartones* conquistaron el porvenir supeditados a la esencia de la palabra, de la simplificación formal y a la labor distanciadora de la metáfora; en ello basaron su credo para, de distinto modo al asumido por la destreza racional, asentar la emoción.

La muestra es la superposición de resultados en una literatura «propia» que aportara unidad a lo diverso y que afrontara, frente a los desastres localistas precedentes, el reto de ser particulares y cosmopolitas al mismo tiempo. El desentrañamiento del mito, que propugnara Agustín Espinosa en *Lancelot 28º-7º* (1929) desde la notificación de que «Una tierra sin tradición fuerte, sin atmósfera poética, sufre la amenaza de un difuminio fatal», interpreta parecidos dones a los manifestados por el García Cabrera de 1930 en el ensayo antes citado o en el autoprólogo de *La rodilla en el agua* (compuesto en 1936). Desterrar lo geográfico concreto por la abstracción del todo a partir de la validación (técnica y subjetiva) de las partes. Faltaba la unificación por la imagen, que tanto el grupo de *Cartones* como alguno de los miembros desgajados de la fenecida (en 1928) *La Rosa de los Vientos* encontraron en las propuestas plásticas de la Escuela Luján Pérez (en 1930 se colgaron en el Círculo de Bellas Artes de Tenerife los resultados de sus propuestas; Agustín Espinosa reseñó la exposición, y en 1933 dedicó una monografía al pintor José Jorge Oramas: *Media hora jugando a los dados*). Ate- nazados por la impresión lumínica creyeron en la prospectiva de lo atlántico, que reivindicara (de modo parcial) Francisco María Pinto a finales del siglo XIX y que alcanzara su expresión más certera en la obra (en la que es fácil seguir parecidos mecanismos técnicos con los de

García Cabrera) y en el relevante ensayo *Signos de arte y literatura* (1936), de Ramón Fera.

La fascinación por lo otro está en esa peripecia previa a que se ve arrastrado García Cabrera junto con los defensores más enconados de lo universal (Eduardo Westerdahl y Domingo Pérez Minik), que habían participado en la renovación. *Gaceta de Arte* define el sentir insular de lo externo hasta el límite de la mimesis y a que se sumaron de forma inmediata (con declaraciones autoexculpatorias incluso, *id est*: Agustín Espinosa) miembros destacados de *La Rosa de los Vientos*.

Ese dictado merece análisis, no obstante, en la obra y en la personalidad de Pedro García Cabrera. La fascinación por lo otro, que se extendió como mancha de aceite por la obra de los escritores contemporáneos (en 1933 aparece *Romanticismo y cuenta nueva*, y en 1935, *Enigma del invitado*, de Emeterio Gutiérrez Albelo; en 1930 había publicado Agustín Espinosa su *Oda a María Ana*, y en 1934 *Crimen*), presupone, no pocas veces, una «racionalidad» *automatista* de la que huyó García Cabrera. Pero veamos; en efecto, el reclamo sostenido como aventura particular desde la sección de letras del Círculo de Bellas Artes de Tenerife, como antítesis de los liberales pero encorsetados intentos de esa misma sección en el pasado (García Cabrera, Westerdahl y Minik pertenecieron a la redacción de *Hespérides*) quiso demostrar que el universo del arte era patrimonio de los artistas y que la conexión con el mundo era inmediata. Esa aventura —singular y mayúscula— pasaba por reconocer la ausencia de intermediarios (Pedro García Cabrera se refirió más de una vez a la vinculación directa con París, a través de Óscar Domínguez, que expuso sus lienzos en el Círculo a principios de los años treinta, y con los otros centros de producción de la vanguardia europea). Condiciones había por ser entendidos en idiomas algunos de los miembros del grupo, de lo que no estaba ausente —según sus propias palabras— su adicción al esperantismo (remedo de universalismo lingüístico convertido

con el tiempo en una especie de logia espiritual). Los textos a los que se refiere Pedro García Cabrera en «Todo es azar...» (entrevista aparecida en el número 2 de la revista *LC*, 1981), aclaran parte de lo subjetivo de su credo y la extraña filiación de *Dársena con despertadores* (compuesto en julio de 1936, y publicado en 1980), a la postre, y pese a absurdas adscripciones de algunos comentaristas respecto de *Transparencias fugadas*, único poemario conscientemente surrealista del poeta. Son «La cita abierta», «El reloj de mi cuerpo» y «Con la mano en la sangre» (*Gaceta de Arte*, junio de 1936; luego recogidos en *Entre la guerra y tú*, fechado en 1936-1939, y aparecido en *Obras completas*, 1987). El latido inmediato de la tragedia junto con la pulsión imaginista surreal son los valores previstos por el poeta en esos poemas. La fundación por la palabra y el compromiso, enardecido por la coacción de la guerra civil, de nuevo andan juntos. Y en parte de esos supuestos está, también, lo inmediato anterior a julio del 36 —desde la consciencia poética constructiva e ideológica— del Pedro García Cabrera maduro.

Decía que la filiación al movimiento surrealista confirma sus votos por lo universal. Ello está previsto en la eliminación de la anécdota y de la identificación denotativa por la cosmogénesis del correlato literario que se relaciona con el poder fundacional del poeta, tal como dictara Vicente Huidobro. La negación de los resabios anteriores instaura la razón de la aventura (la firma de la «Déclaration» en el segundo número del *Boletín Internacional del Surrealismo*, y la segunda exposición del grupo en el Círculo de Bellas Artes de Tenerife, auspiciado por la *Gaceta de Arte*); y también acercan lo colectivo a lo personal. Los cuatro fundamentos teóricos más importantes del grupo, algunos de los cuales alertan del pasado lo que la palabra poética y su poder habían probado ya, y hacia el futuro las perplejidades de una dicción que coteja lo complejo de los recursos técnicos con las superposiciones semánticas, de igual modo infunden valor a esa reiterada marcha

en paralelo de lo esencial en la obra poética de García Cabrera. Es parte de ese sentido la reivindicación catártica de lo inconsciente, tan en el fundamento de la identificación dual del Occidente convulsivo que se encuentra en los momentos más determinantes de la obra de Dostoievski, en la filosofía de Nietzsche o en los fundamentos «científicos» de Freud, luego explicados por Marcuse. Y lo es la repulsa del contubernio hipócrita de la burguesía por la provocación con la imagen (recuérdese el aprecio de los surrealistas por la pintura y el naciente arte del cine, la polémica suscitada por *L'Age d'or* o *Un chien andalou*, de Buñuel, y, en otro sentido, la reivindicación provocativa del jazz); la palabra para el escritor debe tener esa misma fuerza destructiva. La concepción de una futura edad de oro en que los principios ideológicos e intelectuales retrógrados del presente habrán muerto (téngase en cuenta, asimismo, que una de las disquisiciones más llamativas de la época era la de *la muerte del arte*), también alcanza a esos principios. Como lo es, por último, la unificación de contrarios (entendido como principio retórico de unidad en el caos), o la vindicación del materialismo dialéctico (tan en la pulsión internacionalista del socialismo y del trotskismo, a quien Breton dedicó parte de su interés).

En «En la concéntrica de un estilo en los últimos congresos» (*Gaceta de Arte*, número 31, noviembre de 1934) García Cabrera abogaba por la confluencia de los dos sentidos (los dos planos) del arte enfrentándose a la mediatización y a la adjetivación del realismo socialista respecto a que «el arte puro es burgués». «Y sin embargo —escribía— esta deshumanización del arte tiene una clara filiación revolucionaria, porque ella nos entrega el instrumento formal que posibilita recoger en su día contenidos sociales, a los que hoy sólo cabe presentirlos por hallarse fuera de nuestra realidad presente». Este asunto lo recupera el poeta pocos meses antes de morir (1981) para precisar aún más lo que le atrajo del movimiento y lo que distribuye

valor a esa bondad relacionada con lo contradictorio: «Yo no acepto el surrealismo como un quehacer artístico simplemente. Es un quehacer humano, y mucho más que humano revolucionario». Y un poco más adelante afirmaba que lo esencial de la relación del escritor con su obra (y con el arte en general) es sostener una posición como hombre «capaz de defender al hombre y luchar dentro de la sociedad actual por cambiar la vida y liberarnos no sólo económicamente, sino de todas las taras mentales [además de liberar] las estructuras interiores que nos ha dado la tradición, el hábito, las costumbres [...] que tomamos como naturales y que en realidad son contrarrevolucionarias». Las vindicaciones de los militantes del surrealismo más radical, luego excomulgados por Breton, forman parte de aquellos encuentros teóricos iniciales que conjugaban el delirio estético (sentenciado por la independencia que como oficio arrastra y remeda a la historia) con la servidumbre de lo que ha de inaugurar lo nuevo que lo ampara, que lo posibilita.

2

Dársena con despertadores figura en el deslinde histórico. Es, a la vez, el poemario que accede (sin excesivo rigor) a las lúdicas e inconscientes posibilidades del arte de la palabra y el que, con el tiempo, arrastra la amargura por las razones perdidas (de todo tipo: artísticas, humanas, sociales, políticas, económicas, intelectuales...). Éste es el único libro (repito) verdaderamente surrealista, en intención y procedimientos, del autor. El que, al menos superficialmente, menos se relaciona con el resto de su obra. Es un ejercicio poético cuya única razón de ser estriba en el *dejar hacer* al azar por mano y pensamiento del poeta. El artificio racionalista (tan en el uso —reitero también— de algunos de los textos de otros compañeros citados de su generación) no se da en García Cabrera, acaso por fidelidad al espíritu de lo que defendiera y creyera, aunque

los procedimientos y elementos delimitados evocan lo que aquél fue en los textos anunciados antes.

El escritor es un mero juguete de sí mismo que ordena lexemas de variada procedencia (nombres, adjetivos, verbos) para combinarlos en una sintaxis lógica en la que todo cabe. La conciencia de que la lengua no sólo soporta el disparate cuando lo produce sino que, además, le da sentido, a pesar de la negación de su utilidad denotativa, forma parte de este simple discurrir y de la esencia del arte mismo. Para ello el «hablar» conjunta toda la experiencia, porque, por ese don, el hombre se autodefine como individuo y define a la especie, distinguiendo el mundo que nombra y construye para existir.

Bien es verdad que, en esas «dos largas listas de palabras autónomas» de las que habla García Cabrera en el prólogo, se encuentra el engaño y el retrato de quien las ejercita. Porque difícil es sustraerse a sí mismo, la conmoción de quien rastrea en el «yo» y en lo que le rodea sin la presión racional e intencionada preconiza la esencia de lo que se es irremisiblemente. Por un lado, existen resultados parecidos a los que los mentados Gutiérrez Albelo o Agustín Espinosa utilizaron para sus composiciones, es decir, pensamiento, nostalgia, mujer desnuda, provocación, ateísmo, repulsa filial, imágenes imprevistas, el pájaro del sueño, la rememoración infantil, la apuesta por el futuro más recóndito con la fe ciega en los medios técnicos en expansión, el suicidio, el sexo escandaloso, la soledad, los alucinógenos; por otro, relaciones cíclicas con los elementos y las formas consustanciales a su poesía más excitante (la de lo mejor de *Líquenes*, *Transparencias fugadas*, *La rodilla en el agua* o *Las islas en que vivo*), esto es, el mar y otras especificaciones relacionadas con él, la isla con sus aditamentos (de los que no falta la confluencia subjetiva-objetiva) y la libertad como meta colectiva y fundacional («oraciones marinas», «bajo el mar hay tres estaciones»; «mi mano convertida en isla», «todo lo que soy/ —pluma, punta, jilguero encadenado— /es función

de mi altura sobre el nivel del mar»; «porque mi soledad está siempre libertando/ cerrojos del tamaño de hombres»).

Si recurrimos al prólogo del autor, compuesto después de concluido el libro, cuando los trágicos sucesos de la guerra extremaron sus posiciones ideológicas, entenderemos la otra frontera de los ciclos poéticos de Pedro García Cabrera. Allí dice: «Y esta forma de cabalgar del lenguaje, de verificar contrarios, da exactamente el clima ambiental que prologó la guerra española: la alegría de la libertad malherida y volteada por el caos de los despropósitos».

A ello sucumbe el poeta cuando, entre 1949 y 1963, compone *Entre cuatro paredes*. Se somete a la contradicción que destierra lo abstracto perseguido en el inicio de su obra por lo concreto. Un poema de 1949 (dedicado a su compañera, Matilde Torres Marchal), concluido poco después de contraer matrimonio, es lo que propicia el resto del libro que se convierte en un poemario del hogar. El ámbito cerrado de lo que aquél físicamente es puede trasladarse al estado del sujeto, reducido a la intimidad, enclostrado al negársele las relaciones y las manifestaciones públicas de lo que, en su totalidad, es. Lo íntimo (que tampoco es difícil relacionar con la atrevida aseveración de una característica supuesta por Ángel Valbuena Prat para la poesía canaria) es el sostén del agobio que el contexto impelía en el poeta. Y, curiosamente, la distribución sexista de los roles conduce los elementos denotativos: la compañía de la mujer que se ocupa del trajín de las cosas y de los objetos (que, inconsecuentemente, tienen un protagonismo secundario en el libro), de mantener la paz relajante y las cosas dispuestas de manera agradable para hacer más plácidas las visitas constantes de los amigos (otra razón de ser del «yo»). El ser, sin la conciencia de lo múltiple, se autointerpreta mejor con la seguridad del otro heterosexual y fiel, y la significación de sus relaciones

intelectuales (la cultura, los libros) tienen un significado más perdurable y exquisito.

Pero del hogar se parte (no podía ser menos, según el compromiso previsto, en parábola, del poeta) a la rememoración del tiempo feliz (libre) y al homenaje (a aquellos de quienes obtuvo las enseñanzas de libertad y democracia). Las composiciones que dedica a los antepasados, a los que crearon la historia, la propia casa y el cuerpo en el que el «yo» habita son simplistas a veces y patéticas otras. Las reducciones de ese material, por las intenciones paralelísticas que distanciaron la remembranza hasta el límite de sucintos apuntes, están en consonancia con la enjundia circunstancial que sufre el sujeto y que determina su voz: «La evolución de mi palabra —escribe— ha ido aconteciendo como la sucesión de una existencia poética entregada a la libertad». Valga añadir, sentida con la impudicia de la obstinación destructiva del tradicionalismo oligárquico, y de la incuria no admitida del perdedor.

En esa transformación se encuentran algunos elementos del acontecer poético anterior reconstruidos, disfrazados, negados; por ejemplo: «si de algo estoy contento/es de haberte encontrado/isla, mujer, costilla, espejo, mano», frente al cosmogónico y expansivo poema «Isla y mujer» de *La rodilla en el agua* que concluye «Pero ahora que nos hemos encontrado,/isla, madre, mujer, volcán, destino,/ven a dormir tu soledad de siempre/—oh amada de la noche y la distancia—/en el tibio silencio de mis brazos».

El desasosiego circundante es causa, al mismo tiempo, de desasosiego poético. Esa reiterada condena que opone al poeta consigo mismo y que en el año 1966 (en el extraordinario *Las islas en que vivo*), la excitación de la espera, le hace exclamar, recurriendo a lo que fue, «La mar salva o ahoga,/pero no es artesana de los sueños./Si quieres libertad hazla en ti mismo».

El momento preliminar de *Transparencias fugadas* es un extracto del poema número nueve de *Líquenes*. Se introduce con la mención «entronque lírico». Y no es extraño este hecho porque existen momentos en el libro anterior de Pedro García Cabrera que anuncian esta obra, inicio de su madurez poética y compendio de las disquisiciones teóricas que el poeta había pergeñado desde el inicio de los años treinta acerca del paisaje y la valoración de los elementos constitutivos de la esencia insular.

El aire nutre, de manera constante, otras tantas materias en *Líquenes*. Acercó a la isla materiales insertos en el mar circundante; movió con su fuerza las velas (siempre blancas) de los barcos que en fiesta surcaron la superficie... En el poeta se descubre una certeza precisa e idealista (esa continua presencia cuasi romántica en Pedro García Cabrera) por la que, al atender a sus valores, revitaliza el elemento supuesto en la colectividad anónima (y hasta negativa) para convertirlo en protagonista. De este modo el aire es, en *Transparencias fugadas*, el puro circular sin descanso, la imperennidad, la constancia, la sinceridad, la integridad, la libertad supeditada a sí misma. «Hubiera sido una insinceridad pretender estatificar lo que biológica y esencialmente es dinámico», dice Pedro García Cabrera en el prólogo del libro. Y todos esos valores, que se obtienen de la esencialidad de las cosas y de la funcionalidad poética, pasan, al tiempo, a cotejar lo lírico con lo pertinente del hombre íntegro, fiel, militante. Tendríamos que repetir aquí aquella lacónica definición del poemario debida al propio García Cabrera e inserta en lo que llama «entronque intelectual»: «*Transparencias fugadas* son los poemas del aire en movimiento»; y añade, «variaciones sobre un motivo temático, dable a lo concreto y a lo abstracto. Motivo temático que presta unidad a este cuadernillo poético, y que vuelve la espalda, por tanto, al sistema mosaístico de los libros abigarrados [...] Estos poemas fueron concebidos

en una isla —que nada tiene de geográfica— influida por el retorno de la abstracción. De aquí elegir el tema del aire, situado en el equilibrio exacto de dos zonas en flujo y reflujo permanente». Es decir, por la negación de lo precedente, la singularidad advertida en otros poetas occidentales; por la deformación de la incuriosa fronda denotativa, la simplificación sustancial; y para que la tentación de lo concreto no barrunte la ideologización teórica naciente, se elige un tema que es perceptible en lo invisible, sensorial por sus efectos más que por su entidad física.

En el principio de la madurez poética, Pedro García Cabrera elige el aire como generador del poemario. El ciclo poético se conformará mágicamente: la isla, la margen sólida del amplio mar desgajada del continente —presente en ella por los flujos y reflujos que a sus costas arriban—, ocupará (y ocupó ya en *Líquenes*) un lugar preeminente en esa disección de lo abstracto a que se unirá la perfección servil y estética de lo arquitectónico; y el mar, elemento de viaje que alerta de los efectos cosmopolitas, de la unción universal, de la hermandad con lo otro, del truncado aislamiento (luego constreñido ideológicamente por la intransigencia), vehículo de atracciones, profundidad, arcano mitológico y ser que compendia lo incógnito en que el ser depositará la esperanza (*La esperanza me mantiene*, 1959) personal y colectiva.

La imagen del primer García Cabrera se matiza y completa: de la presencia velada, a las formulaciones mitopoéticas y cosmogónicas. Y un valor a tener en cuenta, antes que otras consideraciones, es el de la personificación (elemento central en su concepción poética y muy común en nuestra lírica desde las «Endechas por la muerte de Guillén Peraza»). El aire vive. Asumiendo la dialéctica creacionista, el poeta se erige en Dios de animaciones y todos los elementos están recurridos por su poder. Surge, entonces, de esta dialéctica un principio: el sujeto y el aire se penetran; el «yo» aprehende y se dirige al aire

(«tú») para signarlo; pero del «tú» surge también la imagen del sujeto que se confunde con lo objetal: el «yo» es islas, piteras, barrancos, mar. En *La rodilla en el agua* el todo se expande en lo absoluto hasta quedar confundido lo geográfico con el asentimiento de lo vital erotizado en donde cabe la fundación de sí mismo (isla=madre) y el incesto (isla=amante).

El ser del aire está en el no equipaje, en el anonimato y en la eternidad; en ser simplemente todo y nada; en la constancia en el empuje; en el silencio y el encubrimiento caprichoso; en la rapidez y el desbordamiento asimismo caprichosos. El aire es el circundar de altura, vuelo, sombra, principio y final. Por estar, está sobre, dentro, fuera, circundándolo todo, incluido el cuerpo (lo matérico por extensión) del sujeto.

Pero conviene insistir en una particularidad de la esencia. En el aire están trasplantados los roles y determinaciones morales que se vinculan al ser perfecto e íntegro. Es la imagen que desborda delaciones, la individualidad y la perdurabilidad. Condiciones del rumbo mitopoético son aquellas, pues, que se cohesionan con la quimera del futuro perfecto y con la reorganización de las coordenadas temporal y espacial. La cuerda cíclica que coteja el andar con la juventud, permanencia y constancia que se inmiscuyen en las coordenadas espirituales representadas y aludidas. La base de lo eterno, el viaje a la fuente de la perdurabilidad, la convicción mítica de lo inmortal son consustanciales a los materiales elegidos para sincronizar los efectos poéticos con las posturas que lo implican: el cristal, la amatista y el diamante son símiles certeros.

El tiempo confirma la voluntad poética que implica a la creación y al creador-Dios. Su señalamiento, como parte del ciclo cosmogónico, es la referencia del poeta como individuo que participa en él y como reducto limitado y extraído de la totalidad histórica (del tiempo cósmico) o de la concepción abstracta. Pero el tiempo sin el ceñimiento

al espacio es vacuo. Por eso la subyacencia insular y la misma determinación del punto de vista protoformulador que es terrestre.

De lo dicho se extrae el porqué del paso (los pasos) subsiguiente (subsiguientes). *La rodilla en el agua*, después de la huida del poeta en la elección del protagonista inaprehensible, dictará las normas sobre el espacio en que asienta los pies el sujeto. Allí los valores obtenidos insistirán en que la esencia de las cosas nombradas ha de contraponer la identificación más estricta con sus valores, es decir, ser lo que se es sin voluntarismos («lastra tus piedras hondo», dirá García Cabrera), sin que lo cambiante exterior deba incidir en la perfección objetual y arquitectónica. El sueño no reside en cambiar los valores propios y estables (fijos, pesados, quietos, pero también bellos y emocionantes) por lo que circula en torno suyo. La soledad (ese punto de correlación emotivo explotado hasta el límite en *Las islas en que vivo*) es un don sólo aplicable a los fuertes, que ahondan sus raíces en el suelo cosmogónico, aunque esperen de las implicaciones mitopoéticas el ser de lo otro que contempla la doble faz de lo que viene hasta sus límites o intuye la aventura del viaje (mítico) de Odiseo. Así discurre el tiempo y espacio, encadenados a la luz y a la confusión.

DOMINGO-LUIS HERNÁNDEZ

NOTA EDITORIAL

He utilizado, para la realización de esta introducción, las obras de Pedro García Cabrera en sus primeras ediciones. La excepción es «La concéntrica de un estilo en los últimos congresos» y «El hombre en función del paisaje» que los he seguido en la reedición de la revista *LC*, Tenerife, número 2, 1981. En esa publicación se encuentran tres textos que también he utilizado; son la entrevista a Pedro García Cabrera «Todo es azar: el azar sustituye en parte a la divinidad», «Hacia la poética de Pedro García Cabrera», de Esteban Amado, y «Pedro García Cabrera: coordenadas mitopoéticas», de quien esto escribe, y donde se encuentran muchas de las conclusiones a las que llego en esta presentación. Fue importante para ello, asimismo, contar con la ayuda del libro *Pedro García Cabrera. En torno a una existencia poética* (ACT, Santa Cruz de Tenerife, 1985), también de Esteban Amado.

TRANSPARENCIAS FUGADAS
[1934]

*entronque lírico de
«transparencias fugadas».*

poema núm. 9 (*)

esta racha de viento que a mí llega
acaso fuera silbo
en las gráciles jarcias de una nave.
o sonrisa plegándose en el ojo
acuoso y abierto de un estanque.
o corcel embridado de una nube.
o carne melodiosa de un oboe.
o quién sabe. quién sabe y fue un suspiro,
que ha venido rodando por el aire.

(*) de "líquenes", poemas. santa cruz de tenerife. 1928.

*entronque intelectual de
«transparencias fugadas».*

estas «transparencias fugadas» son los poemas del aire en movimiento. variaciones sobre un motivo temático, agradable a lo concreto y a lo abstracto. motivo temático que presta unidad a este cuadernillo poético, y que vuelve la espalda, por tanto, al sistema mosaísta de los libros abigarrados.

independientemente de su caudal lírico, estos poemas fueron concebidos en una isla —que nada tiene de geográfica— influida por el retorno de la abstracción. de aquí el elegir el tema del aire, situado en el equilibrio exacto de dos zonas en flujo y reflujo permanente.

por otra parte, el aire tiene en estos poemas un carácter fáustico, insaciable de distancias hondas, ajeno a la definición del viento.

algún poema se remata buscando fuera del sí mismo del aire un efecto lírico. resulta ello así por no ser los planos, de época y de tiempo, en que se limitan estos versos, de inquietudes idénticas. y hubiera sido una insinceridad pretender estatificar lo que biológica y esencialmente es dinámico.

1

el aire entraba en mí sin encontrarme.
en el globo cautivo de mi pecho
me contaba las islas invernadas,
las agudas piteras, los barrancos,
los desmandados mares sin adioses.
y persiguió los pozos de las venas,
las galerías de los instintos,
las puertas de las cámaras vitales.
y se marchó de mí sin encontrarme.
yo me hallaba tan hondo y tan espejo
que era invisible al aire.

2

fugado de algún témpano de hielo
desniveló silencios
y lejanías de aguas.
avalancha sin meta,
todo el ámbito es cuerpo —cuerpo tuyo—,
sin recordar talón de frío y hielo.
soltándote y queriéndote asirte,
violas trenes y velas.
y te trasmites, sin destino.
ignorándote, telegrama demente,
saltando a piola cordilleras vivas,
hasta caer —rendidos los tendones—
en el parado techo de los mares.

por qué cristales fríos
miró el viento aquel sueño?
estaban cerradas las vidrieras,
el tic tac del reloj,
los góticos cardones
y las
sin pesadillas islas de sal.
era imposible el enhebrar un soplo
para un blanco espionaje.
y sin embargo
—oh viento informe ayer—
ordenas tus espejos transeúntes
en el curvo recuerdo
—cultura ya naciente en los aviones—
de unos robados senos entrevistados.

rompió la noche el freno
y se salió del mundo.
sólo el aire a los labios:
colectivo desdén de lo selecto.
las montañas se alejan
—adiós, adiós—
por cimas de vacíos.
los silencios se asoman
—duérmanse ya, chiquitos—
a ventanas sin fondo ni paisajes.
fuga la piedra su cordial fijeza.
ceden las olas, los valles, los minutos.
lo ausente es más ausente
que a mis ojos los ojos.
yo estoy dentro de nadie.

5

viaja el viento
sin equipaje
y sin carnet de identidad.
sólo un pijama de cristal.
y sin recuerdo
de cuando fue sirena de navío,
bocina de automóvil
o suspiro.
blanca mudez total.
kodac ciego. contraseña
del frío.
por la hondura del agua
huye su entierro.

6

movió la estrella su testuz
duro cristal en marcha
nutrió la lejanía. aluvión
invisible —sueño de espacio entero—.
y anduvo —envidia de caballos de caña—,
coronel desbocado.
mas no se supo su sinfín preciso.
de no se sabe dónde, retorna,
lebrél envejecido.
se aprieta a mi balcón y se lamina
su senectud de joven marinero.
se arquea, salta, aúlla,
desvelado.
y le apago la luz para que duerma.

espuela de la prisa,
se olvidó de los puntos cardinales.
siempre, timón de altura,
almirante de siglos y de nubes.
y has de morir con los patines puestos
sin más testigos que tus propios brazos.

8

no quiso el viento apadrinar su invierno.
aire frío era el orbe:
plástica imagen de la nieve.
y fue sembrando voces a su paso.
sin la nieve ni el frío.
solo y consigo, con sí mismo, el viento.
y hubo un rapto de sienes, de globos y de jarcias.
desnudas quedamos las cosas.
y ya somos reductos transparentes.

9

ni llegas. ni te vas. ni estás presente.
por dentro de ti mismo
organizas tus fugas, tus pájaros,
tus juegos de ajedrez con las arenas.
y siempre de pie sobre tus hombros, asomado
asomado al alféizar de tu cuerpo,
recorriendo tus músculos, tus bielas,
sin irte, sin llegar, sin detenerte.
y sin saber que todos los espejos
han preparado un lecho a tu fatiga.

10

por hallar el perfil de su absoluto
fue deshojando de su flor cerrada
los blancos albornoces,
la amistad de la lluvia, sus gemidos.
y podó más aún. podó su historia,
sus nervios y sus costas, los rumores,
su voluntad redonda y los paseos.
y tan en vilo libertó sus ansias
que su desnuda sombra ya podría
vivir entre dos olas sin mojarse.

llamaba por sus sienes, y sus sienes,
heridas por campanas y cuchillos,
buscaron un islote a su destierro.
las últimas guaridas de los bosques,
los lentos corredores, los basaltos,
nadie le dio la huella de un latido.
sólo después de barajar sus sedas
oyó cómo unas sienes murmuraban
en la concha de nácar de su frente.
y era tan sólo el eco de su ausencia.

ni las geometrías estiradas.
ni los parques que llueven sus niveles
junto a la voluntad de las escarchas.
ni las calles sin número ni nombres.
nada es en ti perenne: sólo un juego
de abecedarios de mortales saltos
con tus arquitecturas oscilantes.
y al entrar por los ojos de los puentes,
truecas tus fugitivas construcciones
en un agravio de cristales rotos.

poco a poco me iba suprimiendo
el calor de las manos. y las venas,
en un lleno de mármoles y agujas,
apagaron los dulces ademanes.
sólo un resto salvado del naufragio:
dos guijarros de luna
que alargaron mis brazos hasta el suelo
sollozando mudeces, y en espera
de las hurtadas savias que hagan más
estas manos que ahora desconozco.

no lo saben tus selvas de trapecios.
ni tus juegos de fuerzas que transportan
un sistema arterial de radiogramas.
ni tus nortes, tus sures, tus oestes.
pero la mar y yo bien lo sabemos
eras —sí que lo eras— con los mandos
a la deriva, un salinar fundido
que matabas de celos las gaviotas
encabritando ráfagas vivientes.

y sin decir adiós, sin que las hojas
que a tus sólidos vidrios se ofrecían
lograron distraerte en el empeño
de remover distancias.
indiferente a todo, proseguías,
calzado con tus botas de cien leguas,
repasando tus grutas, tus vilanos,
tus libres soledades verticales,
sordo a tus pasos, ciego a tu deseo,
como si recordaras de una cita
y hubieses olvidado sitio y hora.

único y sin fronteras. compacto
escalador de diáfanas planicies
que comienzan en ti y en ti terminan
sin que comiencen ni terminen nunca.
aduanero de paz que ruborizas
la feria de colores de los mapas
y l'alta diplomacia de los soles.
tan solidario siempre y tan igual
en tu imperio de alados celuloides,
sin problemas raciales que dividan
tu universal desvelo de ser uno
frente a los continentes disgregados.
ahora sí que puedes encontrarme
en los primeros planos de tu insomnio.

sí. este ir y venir, sincronizado
al tiempo y al espacio. esta conducta
de tornillo sin fin. este trasiego
de ti por ti y por todos los cuadrantes.
este mudar sin término ni espera
—aquí no poso, más allá no descanso—
teoriza el impulso permanente
de disolver el nudo de amatistas
que llevan en sus dedos los obispos.

creyéndote perdido, te buscabas.
inestables patrullas de huracanes
registraban los llantos de los niños,
los sótanos del agua y de la noche,
entre gritos de faros y sextantes.
y corrían contigo y tú con ellos.
y se iban sin irse. y sus retornos
clavaban en tus lúcidas solapas
la risa circular de los molinos.
y tú, fuera de ti, sin conocerte,
a cuesta con tus vahos de diamante
por tus pendientes de montaña rusa.

rompiendo los cristales de mis ojos
entraste al asalto en mis ausencias.
caracol de suspiros y de alas,
me fuiste caminando gota a gota
los delgados senderos interiores.
qué anegado desorden! cuántas puertas
abren a tu evasión mis laberintos!
y tú rodando siempre a contratiempo,
sin oírme, de espaldas a las horas,
ceñido a mis castillos en el aire.
y así estoy, en el atrio de mi cuerpo,
velando tus mejillas espectrales,
de pie en un mundo de palabras huecas,
más tuyo ya que el rostro de una fuente.

siempre te sobras a tu sed. si llegas
a tus finales cercos de rompientes,
de tu abombado pecho se desdoblan
manantiales que corren con tu imagen.
y nunca te limitas ni te bastas.

un delirio de órbitas y fusas
te amotina el huir de tus cabellos.
te alborota los labios desangrados.
te descuelga los hombros. te deshace
los yesos de los huesos. te deslinda
los cuencos de las manos. te violenta
tus anchas teorías de columpios,
como si por tus pliegues transitase
un alud boreal de porcelana.

ni a la voz de la sombra del recuerdo.
ni frente a las piteras ni a las islas.
ni sobre los tirantes ventisqueros
se detendrá un instante la mirada
que te humedece todos los rincones.
un destino veloz signa tu frente.
y has de seguir así. tus bisturíes
afilarán las torres y las cumbres,
las aguas de la mar y las esquinas.
y se hincarán tan hondo en tus espejos
que han de sangrarte nieve los costados.

DÁRSENA CON DESPERTADORES
(1936)
[1980]

PRÓLOGO

Había comenzado este libro, en La Laguna, a primeros de julio de 1936. Cuando estalló la sublevación militar el 18 de julio de aquel año, (día en que fui detenido en dicha ciudad y conducido por una pareja de la Guardia Civil al cuartel de Artillería, desde donde me trasladaron unas horas más tarde a la Prisión Provincial de Santa Cruz de Tenerife) tenía terminados los 8 poemas que componen *Dársena con despertadores*.

El procedimiento empleado para la elaboración de los mismos consistió en confeccionar dos largas listas de palabras autónomas, generalmente nombres, adjetivos y verbos que, bien iba viendo o bien me venían a las mientes en mis paseos por la vega lagunera. Cada dos relaciones de vocablos que me suministraban la materia prima para cada composición, las apareaba, siguiendo el orden en que fueron surgiendo espontáneamente. Esta manera de unir las palabras daba por resultado imágenes más o menos extrañas, según la mayor o menor proximidad significativa de los términos enlazados, siempre de dos en dos. Así, la tercera relación de frases binómicas participaba de un cierto automatismo síquico y amanecían estructuras de una lógica estrictamente poética.

Esta primera fase de elaboración de cada poema se continuaba en una segunda en que procedía al ensamblaje de todas las parejas nupciales ya logradas. En esta segunda fase unificadora intervenían entonces los artículos, adver-

bios, preposiciones y conjunciones, si bien todas estas partes oracionales se distribuían siguiendo vínculos sintácticos.

Muy posteriormente me ha sorprendido la manera de cómo se realizó el ensamblaje de los materiales destinados a construir cada poema. La tendencia a disponer las imágenes siguiendo los contornos de lo absurdo. Palabras muy comunes, voces directamente sensoriales, elementos de uso corriente, enseres fonéticos que nos conviven y hornean realidades vitales, se presentan como golpeadas por negaciones, se levantan en contradictorias existencias, dan a luz atormentadas sementeras. Y esta forma de cabalgar del lenguaje, de vivificar contrarios, da exactamente el clima ambiental que prologó la guerra española: la alegría de la libertad malherida y volteada por el caos de los despropósitos. Creo que en la ilación de estos poemas se hace patente la atmósfera de lucha por desarraigar la contrafigura de un mundo al revés.

HABLA UN INTERRUPTOR

No me preguntéis cuántos pensamientos
cabén a la redonda en mi cabeza
porque os diré que tantos
como acantilados en un percebe.
Pero cuando orino a la hora de la nostalgia
no recuerdo la lectura si los libros son verdes.
Y bien sabéis que una cartera de piel de ante
puede magnetizarme teniendo las manos apagadas.
Y que mi sueño más bello es aquel
en que una mujer desnuda se va quedando
transparente como un farol tocado de ateísmo.
Y que sólo contraería matrimonio
con una brújula
a condición de tener cuatro hijos ciegos.
Y que si mi risa es una catarata puesta a secar
es porque la música de los pájaros
me sugiere una pelota que se hincha de turbias patadas
y porque las bocinas de los automóviles
tienen olor a arco iris.
Las ventanas que dan al patio de los contratiempos
son del mismo matiz de mi frente
y desde ellas prefiero, de tarde, la letra m si es pelirroja,
al amanecer, una entre la g y la h,
y al mediodía, la misma que picotean los tirabuzones
del alba.
Como mis sentidos nacieron en una naranja con
relámpagos,

a veces,
cuando la noche no está de guardia,
la lluvia puede dilucidar la joroba de un centinela.
Pero a pesar de todo esto
nunca acariciaré los rayos del sol
porque mi soledad está siempre libertando
cerrojos del tamaño de hombres.

HABLA UN ALBORNOZ A RAYAS

Si el amor se adelanta por las selvas
se hacen sombra los días
de los palacios que dora.
Las noches pueden ser de piedra
cuando mis pliegues levantan oraciones marinas.
Mi soledad colgada entre puñales
evocan los pasos de las aceras.
Por las voces
no podrá nunca medirse la altura del sol
ya que los estanques tienen frío de siglos.
La jeringa de un morfinómano
y un trozo de vidrio camorrista
son mis antienemigos de la infancia
que ven como yo dentro de una campana
sus movimientos de arena insegura.
Pienso que bajo el mar hay tres estaciones
donde las algas de tres colores bordaron mi cuerpo
y que las islas marcharían a la deriva
si las velas les prestasen los recuerdos.
Los niños me sugieren la pregunta
de por qué sus voces no rayan los diamantes.
El pájaro del sueño creo se posaría
en el árbol de la hélice de una paloma mensajera.
Sólo cuando tengo granos de sal en los bolsillos
es posible
que la angustia se transforme en murciélago.

Y únicamente haría propaganda política
si quisiera ahorcarme de una sirena.
Yo bien sé que una boca
tiene familia en la hoja de un laurel
siempre que sus antepasados hayan tenido lunares.
Nadie sabe que las puertas son más misteriosas
cuando estando abiertas de par en par
salgo por ellas de puntillas.
Antes de estar los escaparates vacíos
creía en la resurrección de los muertos.
El día del mes más idóneo para ver un navío
es aquel en que siento ganas de andar al revés.
Tampoco sabe nadie que cuando en otoño
caen las hojas
sobre una careta prendida de un hilo telegráfico
es cuando una ecuación algebraica
tiene soluciones en el polo
y fallan los cálculos
de posibilidades de las fases de los cometas.
Si un adoquín se enamora de un camino
pienso que todo el mundo anda descalzo.
Para terminar confesaré
que me gustaría vivir en un cañaveral
siempre que fuese un guante de goma.

HABLA EL PÁJARO DEL SUEÑO

Como por sus hábitos se desconocen los fantasmas
quiero exponer la clave de mis actos mejores.
Así aprenderéis
que
para psicoanalizar el vuelo de las mariposas
no hay mejor aparato que los imanes de mi propio pico.
Que no siento envidia de la niebla
porque la verdadera soy yo mismo, adaptada
a la forma de mi deseo de trotamundos.
La que veis en el campo es sólo un espejismo
que no puede sostener las arañas de los reflejos.
Que aprovechando los insomnios de mi larga cola de
encaje
puede un insecto oscurecer la noche de unas sienes.
Lo que no sabréis nunca es si los caminos
dan el pecho o la espalda a los transeúntes
porque depende
de cuál de mis alas señale el oeste de un grito.
Nadie podrá explicarse que mi mayor sorpresa
sea hallar un violín pelirrojo
en una voraz planicie de hielo,
aunque sepa que el color de las ansias
es el del llanto de un amor madurado entre ortigas.
Lo mismo de un caracol, que de un suspiro, que de una
pezuña,
haría un micrófono
para oír el jadeo del agua en los fondos de la luz.

Si existiera mi muerte
enviaría a buscarla por mis ojos adentro
con el primer sombrero de copa que pasase
vestido con plumas incendiadas.
Hay una palabra única que me levanta la ternura,
esa que se balancea
en la punta de la lengua de un retórico.
Para mí nunca llueve, pero si me lloviese
serían letras góticas y algodones en llamas.
Éste es mi alcohol. Líbalo mientras duermes.
Por esta vez tan sólo a conduciros voy
al paisaje más iracundo de la tierra,
sangrando a la derecha de un ensueño de alondras.
Ninguna esperanza
me obceca,
tanto por ser todas las obcecaciones a la vez
como por inclinarme más allá de todos los mares.
Así comprenderéis
que no tengo salvación fuera de mis costados,
que soy azar y suerte
porque vivo en las fuentes de donde manan,
que siendo la más audaz caja de prestidigitadores
anido en la encrucijada de las querencias.
Y que mi exclusivo fracaso,
el mío,
el del pájaro del sueño,
es que nadie me reconozca
como la ganzúa de todas las claridades.

HABLA LA ARAUCARIA DEL AMOR

Casi nada ignoro
del lenguaje que enciende mis raíces.
Lo más importante es que un erizo
subirá por mis ramas cuando
un caracol le preste su escalera.
O que alimentaré un perro de cristal
con las cenizas del agua del olvido.
O que el tamaño de los verbos fatigados
se mide con la distancia entre dos senos de mujer.
O que mi cabellera tuvo un frío de soles
hasta que el amor posó su hora
sobre mi mano convertida en isla.
O que el viento que recogió los manteles
de los comedores infantiles
hace cuatro tinieblas y veinticinco segundos
fue el que reconociendo mi sangre verde
se puso una bata de cirujano.
O que el objeto amado
por quien levanto el brindis de mis candelabros
es la Gran Muralla de la China.
Yo vi cómo los ladrones repartían sus piedras y torreones
mientras mis hombros se encogían
al estilo del año 2 000 antes de los crepúsculos.
Pero quién sabe si lo más lujurioso
es el que nadie diga que mi sordera no tiene remedio
porque está a la vista de quien tenga
un despertador en la mirada.

O de que di los buenos días a las cigüeñas
porque las vi reflejadas en mi esqueleto de pez.
O que al descender por los barrancos
pensaba que por los arco iris
escapan los insomnios de las alcantarillas.
Sólo quisiera evadirme de mis brazos
para que no señalasen hogar a los aviones
y ahora mismo los sustituiría
por una sopa de ametralladoras hirvientes.
Estos brazos son culpables
de que me despierte en la noche
tantas veces como un fósil terciario aún no descubierto.
Ellos también me dictan que
la flor que prefiere el terciopelo negro
es aquella que mantiene un matiz
entre nidos de esquinas y las esquinas del fuego.
Creo que no sea preciso volver a recordaros
que todo lo que soy
—pluma, punta, jilguero encadenado—
es función de mi altura sobre el nivel del mar.

HABLA EL HUMO EN EL VIENTO DE LA MANZANA

Nada me produce tanto terror
como una mujer encinta
porque su capricho puede convertir la manzana
en ahumado viento.
Esto y el que los insectos se hagan oír
de los poderes públicos,
cuando la manzana de todos los humos
destroza los zarcillos del trigo en las fiestas
gastronómicas de los hongos,
es tan elementalmente arbitrario
como el encuentro de una sirena disecada
entre las páginas de un libro.
Mi humo elegiría como destierro
aquel país que estuviese habitado
por estatuas desconocidas.
El aire de mi vuelo piensa
simultáneamente con un timbre
que el perfume de un silbo prolongado
es el de un horizonte que condujese
una transfusión de rumores entre fruteros.
Y el de mi manzana
tendría las horas quemadas por el remordimiento
de no ser un volcán submarino.
Mis tres elementos coinciden sin embargo
en que el mejor instante
para bautizar un cocodrilo es aquél

en que un arroyo cabalgue sobre el humo del desengaño,
a espaldas del hastío,
fertilizando mi pulpa gris madura.

Esto no es óbice de nieve
para que mi única mancha consista en no disponer
de una alcayata en donde colgar mi pensamiento.
Bien veis qué sencilla es mi historia de enana titiritera
y de cómo todo lo ignoro si me pregunta el mar
y cómo todo lo sé
si un locutor pez terremoto me interroga.

Aun así
la madera con que se construyen los guardabosques
es de risa de sándalo y flores de mazapán muy estudiosas.
Tal vez por eso
hay un signo capaz de despertar unos ojos
y unos hombres que esperan una flecha vestida de arlequín
y un espejo que se suicida en la boca de un muerto
como síntomas de una neurosis de venganzas y de
prisiones.

Por toda nuestra vida de intrigas diplomáticas
mi última voluntad
es dejar en herencia mi tripartito avatar
de la siguiente arca de confites:
la manzana
al aroma de una bombilla fundida;
el humo
al oso de seda para que respire panderetas
y mi aire
a los castillos que levantan los desiertos.
Con estas disposiciones, segurísimo estoy,
dejará de salir el sol todos los viernes.

HABLA LA ATMÓSFERA DEL VIDRIO

El amor es atmósfera y el vidrio sentimiento.
De aquí que amen más los cuerpos opacos
que los lúcidos
no solamente por estar cerrados a piedra y lodo
sino porque ponen sordina a las preguntas luminosas.
Como la atmósfera del amor envuelve el universo
hace muchas leguas de hombres que he puesto mi corazón
en todos los átomos que bordan las espumas de los sueños.
Como el sentimiento del vidrio
no vive junto a las fuentes tumultuarias
jamás he tenido amistad con los sauces
ni confluyó su vida con mi vida.
Ni tampoco la espina crucificó mis hombros de almohada
porque la espina, el llanto,
la inquietud de saberse lejanía,
es todo transparencia en mis umbrales
neutralizando el bien y el mal mi cabellera
de blanco nido.
Y así corro la cal, la porcelana, el mármol, mis maneras,
descansando sólo a la sombra del árbol
que ilumine sin destrenzar la esfera
de mi pantalla de agua clara.
Nadie se extraña
de no matar la sombra de mi vidrio atmosférico
porque únicamente la proyecto si me atraviesa un
barómetro
y para matarla habría de utilizar entonces

una máquina de coser virgos
y esto por ser asexual por excelencia
como un embudo de luceros.
Cuando cruzan los bosques sobre sus sederías y esmeraldas
espero que en las ramas
brote mi propio corazón hecho piedra,
lirio de plomo o montaña de rojo hielo.
Pero desterrado de los puntos cardinales
pues en ningún caso se orientarán
ya que mi presencia les hace perder los estribos.
Todo, hasta las nubes vacías, hasta el ciego cantil,
está lleno de mis pulsaciones. Es mi sabiduría.
Y sin embargo, hay un mundo que desconozco:
no sé si una docena de nueces
es mayor que la cola de un león.
Sólo lo que habla en cristal raya el diamante de mi vuelo.
Así que tuteadme con las voces
de los ecos de los guiños de los suspiros
y podréis ser visibles
al trono del aire florido que me sostiene
en los dientes de un pataleo de acordeones.

HABLA OTRA VEZ LA ANGUSTIA

Cada vez que mis charcas de ojo turbio
presencian el suicidio de una sonora brizna de alisio
en el inmenso abismo de color de una rosa
se despierta mi clave, mi galería más profunda.
Pero sólo aparece químicamente estrella
después que la aureola de la nostalgia
deja un lazo amarillo
en el peinado denso de las ciudades.
Clamo entonces
por un repique de cometas dentro de la piedra del
horizonte
y me abrigo en la capa que tejen las arañas de la niebla.
Y me asalta el ruido
de la capital de la república de los inocentes
en aquella estación en que las ofensas líquidas
se exportan al por mayor.
En tal momento me es fácil adivinar el porvenir
de todos los pueblos que sollozan
en las fronteras de un recuerdo congelado
por tener la oscura videncia de un ciego sin espaldas.
Pero el porvenir puede desviarse hacia un río
cuando las mareas de las multitudes
se desbordan atraídas por las lunas de los espejos
y peligran morir ahogados
porque entonces las esponjas
tienen la sed del simún amoratado de las violetas.
Ese río baña los costados

de las circunferencias de un estanque
en que cae una paloma muerta.
Y en ese instante en que se extingue la última onda,
en el por llegar a las pestañas de las orillas,
es cuando una ciudad pasa de isla a coseno de luces.
Después, ya no existe el porvenir adivinado
porque le cierro los párpados
al corazón del presentimiento.
Y me quedo de pie y en llama viva.
Ya veis cuán complicado es mi organismo
para ponerlo en marcha
cuando los muros sacan sus mandobles.

HABLA NUEVA EDICIÓN DE CORALES LENTOS

Bien sé que muy pronto
iré a recorrer la montaña de los sepulcros.
Si se encuentra en la isla del tesoro
llevaré el guía de un topacio.
Si en el valle de los lirios de bronce,
la agonía de una danza desnuda.
Si en el país de las huellas perdidas,
un colmillo de elefante profeta.
Pero si estuviese bajo un océano,
donde no aullasen los caleidoscopios,
llevaría a las torres de la mano en el pecho
siempre que un gallo próximo me cediese
su garganta, en donde descansar
mis rojos pies enredados en bastos.
Mi anhelo sería dormirme allí
acariciando la frente pensativa de una concha.
Y si al lograrlo me convirtiese
en humo de espumas
sería porque unos labios secos,
de arriba, de la tierra, pidiesen con urgencia
un riego de asfaltos incendiados.
Vería entonces cómo los mendigos
tienen riachuelos azules en la mano derecha
y cómo en ella discuten las espinas
la longitud de las uñas del hambre.

Vería también, y también los sordomudos,
que el mundo en el que vive el color azul
excluye a los dragones con muletas de odio.
Y que la canción de Alí Babá y los cuarenta bandoleros
sólo puede cantarse bajo una prensa hidráulica.
Y que el ansia por la que se desvive una campana
es ahogar en sus brazos
el invisible soplo de un sabueso.
Vería igualmente
que encima de mis huesos escarlata,
a muchas millas sobre mis rosales,
donde madura el viento,
los cisnes sienten frenos en las plumas
cuando les alcanza el alarido
de mis ramas de fondo.
Nunca oye la mar esa cara de «déjame entrar»
de los pescadores que se acercan a mí.
Nunca tampoco mi grito
de «déjame salir» a la aventura de las playas.
Es entonces
cuando una boca sangra por mis raíces
y, a su conjuro,
un arco iris se transforma en arpa
y la tristeza más amarga de las tristezas
se retrasa en las manecillas
de una medusa virgen que me llama.
Nada de esto impide, sin embargo, que ostente
el campeonato de natación
en los mares del beso calcinado.

ENTRE CUATRO PAREDES
(1949-1963)
[1968]

DEDICATORIA:

Aun cuando es mi compañera, Matilde Torres Marchal, quien ha dado vida a este libro, a todos los que han podido encender lumbre y ternura entre cuatro paredes, va dedicado.

El poema inicial que origina este libro data de 1949, poco tiempo después de haber tomado compañera. Surgió un día, de súbito, sin preconcebirlo ni esperarlo. Permaneció mucho tiempo solitario, aislado del resto de mi producción y aparentemente alejado de los estímulos líricos que por entonces me frecuentaban. Posteriormente, al incidir en una atenta lectura de dicho poema —*Compañera te doy*— me fue revelando el orbe poético del cual era mensajero, emitiendo una atmósfera en la que, poco a poco, veía cómo se iba iluminando el tema del hogar. Y justamente en ese instante se convirtió tal poema en la primera piedra de este libro. El hogar se integra, en mi caso, primero y esencialmente, por la compañera, ampliándose a continuación su ámbito subjetivo, en muy discontinuas ráfagas, hasta irradiarse, no sólo a todo lo que en él nos convive, sino a las generaciones de los padres y los hijos, entre las que somos eslabón de contacto, y cuyas manos hemos sentido entre las nuestras.

Por otra parte, el hogar está inmerso en un tiempo dado y participa de los embates del contorno social que lo rodea, penetra y circunstancia tanto como de las peripecias del lugar en que se afina. Y así, en el poema *Elegía de un banco*, recojo la desaparición de la plaza de San Telmo, inmolada en aras del rejuvenecimiento de la ciudad.

Y por último, el hogar se completa con los amigos ausentes, aquellos que un día se nos fueron por los caminos

del mundo llevándose los rescoldos de nuestra convivencia.

Queda sin decir que la evolución de mi palabra ha ido aconteciendo como la sucesión de una existencia poética entregada a la libertad.

P.G.C.

I

ESTE HOGAR EN QUE VIVO

COMPAÑERA TE DOY

A Sebastián Mora Mora y Julia

El aire del hogar
no es aire a la intemperie;
está domesticado, tiene anillo
y se frota el hocico en el espejo
donde te anudas la corbata.
El aire del hogar, su blanco aliento,
es una primavera de color,
el perrillo faldero de tu compañera.
Piénsalo ahora en su trajín. La sigue
hasta las puntas de los dedos,
donde los frutos de los movimientos
maduran lo que tocan:
ya sea el libro en que acuestan a dormir las ideas,
ya el juguete que ríe en los zapatos de los niños,
ya el jazmín que florece la mata de savia de su cabellera,
ya el hornillo en que canta el agua hirviendo.
¡El aire del hogar! Míralo, óyelo.
cómo sigue, por veredas de sangre,
el decir de sus manos,
viviéndole por dentro crisálidas de tactos,
madrigueras de coyunturas,
mariposas de ademanes,
madreselvas de ternura,
cuando trafica cacerolas y porcelanas,

o le pega un botón a la camisa,
o le da de beber a los pollitos.
¡El aire del hogar!
Allí te espera y sale a recibirte,
meneando la cola como un perro,
la sonrisa del pan sobre la mesa.

A LA DERECHA, ENTRANDO

De un salto, sobre el mar,
el camino ha llegado a nuestra casa
ronroneando como un gato.
Un poco tarde se le ha hecho:
manotazos de avispas e instantes como años
lo llevaron de un lado para otro,
de rejas a desiertos, con temores y muertes.
Pero al fin ya tenemos los dos la misma llave
para abrir y cerrar la misma puerta,
sin que el ojo de la cerradura se sorprenda
de verme llegar solo.
Antes de venir tú, el tiempo pasaba
oyéndome llover. Apenas si podía
llevarme agua a los labios
de tan fría y tan sola.
Las cosas de la casa
monologaban un silencio de piezas de ajedrez.
Cada una un lingote de soledad.
A veces me tendían las manos el color,
un poco naufragadas,
con una doncellez de solteronas.
Ahora ya es distinto.
Hasta las más vulgares,
las que todos los días trajinamos,
cobran un aire nuevo,
nacidas a otra vida,
millonarias de una quiniela de ternura.

Todas han comenzado a compartirme
y calar la expresión de tus maneras.
Ya el reloj no se para por tener a quien decir la hora.
Ya el libro es realmente un compañero,
no el mago ilusionista que ocultara
mi libertad interior, que me impidiera
el respirar por mi horizonte herido.
Pero ya estás aquí. Desde hoy la escalera
subirá los peldaños contigo.
Y el timbre de la puerta
hará vibrar las ramas del silencio
desde el trino del pájaro
que despierta la yema de tus dedos.

CASA DE ALQUILER

En esta casa en la que ahora habito
vivieron antes otras gentes;
pero tan pocas huellas han dejado,
que en lugar de marcharse por la puerta,
debieron de salir por los espejos.
Sus nombres aún figuran en recibos,
nombres como vestigios prehistóricos,
perdidos rostro y voz, sombra y ternura,
en los neutros estratos del olvido.
Las letras de esos nombres
están vueltas de espalda
y no las deletrea ni el recuerdo
de un clavo en la pared ni una mota
de angustia en los rincones
en donde los silencios se desangran.
Recibos que debieron de pagarlos
lo mismo que nosotros
para tener derecho a lavarse la cara
y no morir de sed
o para que en la noche se encendiesen,
con la fiebre del niño, las bombillas,
acaso en los arenales del suelo
si eran pocas las camas y mucha la familia.
Agua y luz no debieron malpagarse y medirse,
sino ser gratuitas como el sol y las fuentes,
esas dos libertades a las que el hombre ha puesto
la camisa de fuerza del esclavo

y que vienen llorando de razones los ojos
y los labios sedientos.
Mis ojos, nacidos para la luz,
puestos en órbita de estrellas,
visionarios del rostro del amor y las cumbres,
ahora amordazados por la sombra,
y mis labios, nacidos para el beso y la palabra,
para darle ternura
a nuestro instrumental de soledades.
Sí, en esos recibos de la luz y del agua
ha rubricado el hombre sus demonios,
los demonios que cobran el que vea a mi esposa
respirar el silencio blanco de la almohada,
batir el mar del sueño tras la frente,
contemplarla dormida,
en su total entrega,
hecha toda colina y horizonte,
en la alberca indefensa del reposo.
Y he de pagar por eso, por decirle a mis libros
que los quiero tener entre las manos,
leyéndoles las venas oscuras,
siguiéndoles el rastro a las ideas,
taladrándoles las sienes.
He de pagar para sentirme vivo,
para ser menos noche,
antes de que oscurezca totalmente
y me vaya también por los espejos
a desnacerme en nadie.

ANIVERSARIO

El día tiene nombre
porque tú lo has estado haciendo
con ramos de lluvias y claveles,
porque tú lo has barrido
con tus manos morenas;
porque has hecho el café y puesto los visillos
igual que si estuvieras
estrenando zapatos o probándote un traje.
Tú no tenías fin. Por tu mirada
desfilaban en orden los rincones
y tu descanso hallábase y crecía
limpiando porcelanas y cristales
para que los amigos nos fueran transparentes,
más íntimos los vasos y más recuerdo el vino.
Tú lo llenabas todo,
el tiempo era tu esclavo.
Te venían las horas como anillos al dedo,
todas ellas ponían el hombro en tu ternura,
todas se te vencían y te dejaba sitio
para no entorpecer tus idas y venidas.
La misma cocinilla de gas
no se apagó una vez,
contenta de ser tuya y de servirte,
de que el fuego tuviese
el eco lineal de tus caderas.
Tu alegría llegaba de muy lejos,
de olvidados suburbios de cenizas

y ciudades sin besos en la frente.
En ella te cantaban, sin embargo,
dedales y tijeras,
niños y noches,
amistad de cucharas y manteles.
Y mientras que la casa se ilumina
el quehacer del día que se cumple
siéntase a reposar en tu regazo.

MEDIA NARANJA

Echa mi sueño al lado y tóname en la hoguera
de mi clamor de hombre, compartiendo
el ámbito en que soy el mismo que me llamo.
Tómame aquí, en esta pleamar que me desborda
arenas y esperanzas,
en que me dejo ir por mi ternura
de tomillo en la noche,
viviendo tú por mí las mezquindades,
mi pararrayos de los contratiempos.
Ya mis ojos conocen tu despertar,
ya tus cabellos tienen sombra de árbol,
ya tus labios sonríen mi silencio.
Nos dimos en la gota que brillaba
alianza de agua y soledad de río,
más allá de la mar y de las gentes.
Y ahora estoy contigo, conmigo, con tu rostro
que no sabe volverse atrás,
sintonizando lumbres coloquiales.
Si de algo estoy contento
es de haberte encontrado,
isla, mujer, costilla, espejo, mano
que tantea en mis sienes, con libertad de amiga,
la raíz en que sigo granándome,
la espiga que no cesa de ganar las fronteras
en las que pueda asirme a la voz de otros míos.

Con mi mano en la tuya
nunca será el invierno
y en tu media naranja redondeo mi mundo
aunque sigan rodando los trenes y los días
por calles encendidas con pájaros heridos
y campos que protestan su sed arrodillada.

NUEVO HOGAR DE UNA CONCHA

A doña Emilia Suárez de Reimers

Ahora tú reflejas un mar de paz.
No, tú no lo sabías
que el agua tiene un rostro dulce,
casi de esposa que mira el primer hijo.
Ni sabías tampoco que la sal
no es la ropa interior de la ola,
sino la abeja de amistad de la cocina,
unos granos que alegran el corazón de la patata,
el puré de legumbres
o simplemente sonríen como sienes de lluvia.
No, no lo sabías. Lo has aprendido
aquí, bajo este techo,
que oye tus ronroneos de brillos,
que pone en hora tu silencio de nácar
y besa el pabellón de tus esmaltes.
Ayer vivías con los dientes apretados,
en una roca frente al mar batiente,
anudándote de soledad,
llave echada a tu adentro,
sin importarte el mal vestido musgo.
Ahora te levantas con el día,
y vienes a la mesa,
y das color a los ojos del pan
o te quedas mirando unas manos
que piensan un quehacer de mariposas
mientras se confidencian los rincones.

Así es tu paz de hoy:
el cariño de un dedal en un dedo,
el vaso derramado en un mantel.
O acaso sea tu paz esa lágrima
que nació como la hoja en un árbol,
dándonos lumbré, sal, adiós y mano
desde el dintel de una sonrisa.

ADORACIÓN A HUGO, REY

A Hugo Westerdahl, nacido bajo el signo de Venus

De ahí, de esa penumbra de silencio y de río,
que se llama Hugo, horóscopo de Venus o «mon petit
oiseau»,
emerge un llanto que propaga sus rosadas vertientes
con la velocidad de la luz en ciernes,
un llanto bomerang,
salto y vuelo a la vez de corzo y piedra,
un llanto con ojivas, picachos, tornasoles
de árbol bajo el viento de la cumbre,
llanto con rostro,
emisor de raíces sumergidas,
que enmudece de pronto y retrocede
como si se hubiera asomado al precipicio
de un silencio de porcelana.
Hugo, yo sé que ahora,
por la lente de microscopio de ese silencio,
oyes crecer la hierba,
incubarse en el jugo de las frutas
el treno de la mar y el trino de la tierra
en una encrucijada de algas y jilgueros,
captar el radiograma azul del horizonte,
flotar un *iceberg* por las aguas del Sena,
traducir el amor de dos voces cercanas,
y como tu nacimiento se ha cumplido
en el año en que Sputniks cazadores

persiguieron la liebre del espacio,
habrás también oído la soledad de un perro
sin libertad siquiera para dejar impresa
una órbita viva de ladridos
en las aladas rampas del asombro.
Pero ya está el sendero. Y cuando seas grande,
cuando llanto y silencio hayan fraguado
el sueño del amor, la alegría del verbo,
y desnudes la esfinge de tu horóscopo,
acuérdate de mí, llévame a Venus
en tu primer abrazo.

ANI

Ani se llama mi sobrina.
Nació allá por noviembre,
a la orilla de un río
con un puente romano y unas aceñas árabes.
Álamos tembladores le dieron sombra verde
a sus primeros años andaluces.
Cantaba bulerías y bailaba fandangos
que aquí, junto a la mar,
se fueron marchitando y se perdieron.
Y un acento canario, con el sol y la lluvia,
—un lenguaje en su jaula de horizonte hogareño—
se le ha ido posando poco a poco en las sienes,
sonriendo en el trino de una rama,
lloviznando en la luz de su voz. Todo sencillo
como el aire, la rosa, la pena, los zapatos.
Una joven es siempre distante en su interior.
La tomamos en bruto tal como la queremos,
tocamos su corteza,
vemos nacer el trono a su sonrisa.
Sentimos que su llanto lo tejerán arañas.
Pero algo nos escapa: es ese instante
en que la roca oculta salta como un resorte
y pide la palabra,
esa roca que de pronto toma sitio en la mesa
y que es la misma que siempre estuvo a nuestro lado,
sólo que la costumbre llamaba de otro modo,
con un nombre distinto,

escrito en clave cariñosa
de protector descando
y mundo a la medida.

Va a llegar el momento en que andes por tu cuenta.
Que el frío no te hiele demasiado los hombros
cuando al hogar de ahora le des la despedida.

ELEGÍA DE UN BANCO

*A Arnulfo Córdoba y María Luisa,
en un banquito de la Plaza de San Telmo*

¿Y puede ser este solar mendigo,
lleno de calles harapientas,
la plaza en la que estuvo
el banco aquel, en que al hogar de ahora
el amor puso la primera piedra?
El banco ya no existe.
Nadie más que nosotros todavía
verlo podrá, ociosamente echado
a la sombra o al sol, junto a unas casas
que en familia vivían sus colores.
Parecía de todos aquel banco,
que no tuviese soledad ni mundos
de silencio interior; pero a nosotros
siempre nos protegía, recordando
que fue árbol con nidos y que tuvo
también su juventud de ramas verdes.
Y de aquel banco público,
huésped de una placita que el mar rumoreaba,
íntimo como un surco,
feliz como una ceja,
levantábase el bosque
de nuestras confidencias,
un enjambre
de economías y proyectos,

tu ajuar de novia, pájaros en la voz,
el hormiguero de los días
con su brizna de miel entre las alas
y con su luz amarga en ocasiones.
El banco aquel, una ilusión flotante,
dejaba de ser nube,
tocaba tierra firme
al ponernos de pie para marcharnos,
color la tarde de tus ojos.
Ya el banco no está allí.
La plaza misma
está cayendo a golpes de piqueta,
la abatirá la lanza de una calle
y no tendrá una cruz que la recuerde.
Pero él sigue anidándonos y acoge
nuestros brazos de hoy en su espejo de antes,
proyectada su sombra en nuestros hijos.
Fieles a su amistad, no lo olvidamos
nosotros y la mar, cuyos rumores
ni podrán arrancarlos de la sangre
ni serán derribados por barrenos.
¡Pobre banquito nuestro!
Ojalá que te hubieran enterrado
en la canción de cuna de las aguas,
tendido entre las olas
desplegadas las velas del recuerdo.
Y así a ti mismo fiel continuarías
peregrinando nubes y horizontes
en tu vaivén de tabla enamorada.

LA ESCOBA

A mi primo Rogelio Trujillo Cabrera e Isabelita

Ella comienza el día
saludando uno a uno los mosaicos,
estimulándolos en su vocación de espejos.
¡Qué alegría disipar tanta noche,
borrar tantas ojeras,
hacer salir volando las penumbras!
Qué oficio el suyo, el de poner en marcha
la actividad en cadena de las cosas que amamos
y casi han conseguido convertirse en nosotros,
darnos fisonomía, nombre incluso,
el nombre trabajado de nuestras preferencias,
ganado a pulso de años,
construyéndose un rostro de sorpresas
con el fluir de cada instante,
el nombre que elegimos a través de ese cosmos
de hábitos y enseres familiares,
más real que aquel otro que nos dieron los padres.
¡Y cómo un quehacer tan por los suelos
puede engendrar aurora más difícil!
Ella preludia el orquestado enjambre
de los grifos, la música del agua,
los buenos días de aceitados goznes,
cimbreado su estirpe de amazona
por pasillos, por patios, por aceras,

tan feliz como un arpa
tañéndose en el brío de unos brazos.
Si su afán de pureza nos limpiara
hielos apuñalados, torvos gritos
y nubes de ceniza.
Si al menos nos quitara la tierra de los ojos
para mirar la luz encadenada
que golpea los muros y la frente.
La escoba también siente desventuras
barriendo a veces lágrimas
y los cristales rotos de los sueños.
Y hasta auténticos trozos de sí misma,
los inútiles pies de su esperanza,
muerta ya la ilusión de andar a solas.
Pero sin su trajín de cenicienta
nunca podría madrugar la casa,
ni dar la bienvenida a los amigos,
ni servir de caballo a los pequeños.
Y es que en la escoba hay mucha
humanidad de abuela.

VOCES DE SERVIDUMBRE

A doña Mercedes Sánchez Pinto, viuda de Fumagallo

Estas mismas palabras con que ahora,
aquí dentro,
en la confianza del hogar, decimos:
tengo sed,
la paz ha de tener vida como un caballo
sin libertad no puede tratar de tú a mi sombra,
todos estos ademanes profundos,
se están mixtificando desde afuera,
desde los trajes impecables
de las frases condecoradas,
que prefabrican huracanes
sobre interiores campos desolados.
Aquí dentro, en la casa, las palabras se muestran
con esa claridad del fuego en las cocinas,
con el sabor directo de la sal y del vino,
conservan todavía
virginidad de pájaros cantando,
tienen la juventud de ser doncellas.
Pero fuera de aquí, en la calle, en los salones
que prolongan sus largas galerías de espejos,
todo lo adueña un antifaz que obstruye
el que nos encontremos y abracemos
en el redondo corazón del día.
Aquí dentro, en la casa, edificamos
la ternura y los hijos

y las palabras nos aprietan
de amor labios y manos.
A veces nos hundimos tan al fondo de ellas
que casi no podemos regresar a nosotros,
hacer pie en nuestra orilla,
tan perfil de esperanza nuestra efigie
colmada de sus luces.
Pero brazos oscuros penetran nuestro sueño,
quieren anochecerlas con visillos de duda,
les saquean la intimidad,
las toman en rehenes para juzgarlas a capricho,
dejan la dinamita del miedo en sus umbrales,
y ya, por las palabras,
cuando creemos besar los labios que nos aman,
se nos pone un fusil entre las manos
para que asesinemos a mansalva
el viento de las cumbres,
los terrenos resecos de una tierra de nadie
en la que nunca hallamos domicilio ni agua.
Ahora las palabras verdaderas
—dame un beso, hijo mío; madre, cógeme en brazos—
aquellas que de niño siguieron nuestros juegos,
alas de nuestra sangre,
son unas desterradas que no pueden
regresar a la patria en que nacieron.
Vedlas pasar con el costado herido,
mendigas de la pena y la nostalgia.

COMPAÑERO AUSENTE

Trémulo está el silencio
en esta noche de la casa sola.
Dan ganas de ponerle banderillas de fuego
como a los toros mansos.
No es paz su soledad, sino violencia
de rincones yacentes,
penumbras biseladas de distancia
y ventanales que nos desazonan.
Si entre el paio interior de estas paredes
rompieran a cantar de pronto los jilgueros
del agua hirviendo en la cocina,
si pudiera darle la sal sabor a tanta ausencia,
si al menos
sonriese el comino su ternura.
La cocina es el sexo de la casa.
Tiene arrullo y presencia de paloma
temblor de «ábrete Sésamo»,
venas de perejil y hierbabuena.
Pero ahora, desde que tú has partido,
está a punto de nieve el desconsuelo
en el mosaico y la vajilla,
y ni salta el aceite en las sartenes
ni se desnuda el pecho la cebolla.
¿Cómo es posible
que todo se haya evaporado
tan sólo con tú irte
y quede solamente en torno mío

seca la luz en las bombillas,
secos los ruidos en los corredores,
seca la obra muerta
de esta quietud venida a destruirme?
pero algo aún perdura y me defiende
del desierto de arena de la noche:
un poco del café que tú has dejado
le da un chorro de vida a la cocina.
Y mucho más también. Las cucharas
te recuerdan los labios.
Las cacerolas, tus caderas.
Graves, en orden, colgadas en su sitio,
con la sonrisa miro sus colores
de enquistadas simientes,
formas de la alegría de tus manos.

MIS SELLOS, LOS DESAPARECIDOS

A Antonio Dorta Martín y Mariana

Siempre fueron los sellos mis amigos.
Uno a uno había comenzado a reunirlos
cuando apenas llevaba de camino once años.
Algunos llegaban súbitamente mariposas
por las esquinas del azar.
Otros guardaban su ojo mágico
en el fondo de los baúles,
súbditos bien pegados al recuerdo
de familiares que emigraron.
Pero todos hablaban un idioma común:
el lenguaje del ala y del grano de trigo
que nos integra en una sola patria.
Parecían muy débiles, pero llegaban siempre,
sin conocer molicie ni descanso,
con sus tatuajes marineros,
después de haber traído tristeza o miel
desde frutales lejanías.
Algunas veces llegaban malheridos,
con los colores trepanados,
pero aun así tenían paso libre
por fronteras y aduanas,
eran invulnerables como el viento.
A través de sus idas y venidas,
de sus recados de palmeras,
de sus arquitecturas transeúntes,

se podía seguir el aleteo
del hombre en libertad, la transparencia
de su mundo interior, vivaqueando
hogueras de esperanza.
Yo los amaba en su alegría
de perros fieles. Nunca traicionaban
su mensajera estirpe.
Como enjambres, llenaron la colmena
del álbum. Cada hoja, un panal.
En la pequeña librería,
junto con mis poetas preferidos,
en todo instante me aguardaban.
Y ahora, echad tierra a mi rostro,
poned un disco rojo
que me prohíba el paso:
no quiero ver el hueco
que dejaron mis libros y mis sellos,
mis once años desaparecidos,
mis arco iris
inútilmente asesinados.

CASA DE TACORONTE

A Joaquín Romero Murube

Retratos familiares
cuelgan primeros planos en la sala
que ha presenciado tantas muertes
y ningún nacimiento.
Y en voz tan baja como un sueño,
casi apenas penumbra,
me están hablando ahora.
Retratos con los rostros que alentaron
mis abuelos paternos.
Ellos se hicieron Guadalquivir abajo,
a cuestras con el río de sus vidas,
dejando atrás Sevilla para siempre.
Ambos eran maestros y venían buscando
el mito que nos salva y nos condena:
la manzana de la salud
madurándose en medio de los mares,
brote del corazón de su esperanza.
Aquí aprendieron a leer los valles,
a escribir con su letra
abecés de montañas y horizontes.
Aquí pudieron estrechar la mano
de lo que había sido solamente
el rumor de un distante paraíso.

Y a trancas y barrancas
salieron adelante con sus penas
y quemaron sus naves.
Mi rostro deletreo en sus facciones.
Algo mío hay en ellos:
raíces de nostalgias insepultas,
voces que nunca dejan de estar solas,
sonrisas de naranjo y hierbabuena.
No debieron ser «godos»
quienes aquí calaron con su muerte
el fruto amargo del aislamiento;
quienes en mí engendraron
la libertad por patria
y el sueño de una isla por frontera.
No, no pudieron ser «godos»,
jamás pudieron serlo,
quienes testamentaron en mi sangre
un cielo azul que brama como un toro
sobre esta soledad de estar muriendo
en la sed y en el pan de cada día.
Ni serán nunca sombras sino piedras sillares
estos viejos retratos
que dan silencio firme a las paredes.
Solamente por ellos,
casa de Tacoronte,
más que de mar donde los ríos mueren
tienes de lluvia en que la hierba nace.

PESADILLA

A mis hermanos Anatael, Yara, Diego y Carmelo

Esta casa la habían construido poco a poco mis padres
casi engendrado como un hijo.
Más que de cal, de piedra y de madera,
era de carne y hueso igual que los hermanos.
Nosotros no teníamos más que el día y la noche,
pero eran noche y día químicamente puros,
hechos para el estudio y la ternura.
Algunas tardes íbamos a mirarla crecer.
Mi padre era maestro y le estaba enseñando
a leer en voz alta
aires de libertad como a nosotros.
La escalera tenía la viveza
de una vena en el cuello de un caballo,
blancura de conciencia las paredes,
rectitud de conducta los cimientos.
Un día quedó lista:
le pusieron un número
y ya el cartero pudo traer a nuestras manos
todas las amistades de la sangre y los sueños,
poniéndonos el mundo a nuestro alcance.
Desde el zaguán nos protegía,
hiciera lluvia, frío, miedo, calor o estrellas,
y la noria de los peldaños
nos subía

a los albergues de los cuartos,
tibios como el silencio del vientre de una madre.
Era nuestra y bien nuestra,
no por estar sentada en un registro,
sino porque todos habíamos ayudado a levantarla
quitándonos el pan de nuestra boca.
En las cuatro paredes aprendí de esta casa
a viajar sin fronteras por el mar de los hombres,
a respetar los hombros de la noche estrellada
y a no volver la espalda a las tormentas.
Muchas epifanías amanecieron los reyes sus balcones,
en los trances difíciles
la amargura calzó nuestros zapatos,
alguna que otra vez nos pusimos enfermos.
En ella no temíamos a nada.
Mi madre nos miraba desde el fondo del alma
y su sonrisa, al vernos,
tenía justamente el tamaño de un hijo.
Una noche la puerta fue golpeada,
pasos distintos a los nuestros
atropellaron su descanso
y rostros armados de centellas
violaron el pudor de sus entrañas.
No quedó libro sin abrir,
objeto por registrar
ni papel en su sitio.
Todo, patas arriba,
blancas de miedo las paredes,
horrorizado el silencio en los espejos.
Esa noche la casa
se quedó a la intemperie,
como si un vendaval hubiera roto las ventanas
y levantado el techo.
Tanto perdió de intimidad, los manteles,
en lugar de la mesa,
era como si se tendiesen en la acera.
Y nunca más su corazón de fruta
volvió a ser el de antes.

Se había profanado su soledad nativa,
su interior apacible,
los anillos paternos que nos justificaban,
el arca de la alianza del hogar.
Cuando al día siguiente mi madre hizo la casa
sus brazos no podían barrer tanta tristeza.

II

TIEMPO DE VACACIONES

A ORILLAS DEL MAR

*Con la marea baja,
sentado en la rompiente,
escribo este poema.*

Ni la mar ni mi esposa
han nacido para las convenciones,
no heredaron tamaña servidumbre.
Las dos son una misma llegando y sonriendo,
tienen un viejo aire de familia,
esa fisonomía de rumores
del que se acuna un alma de vaivenes.
No son esa llanura
que se puede cruzar a cualquier hora,
que admite sin protesta
el yugo arado.
Las dos son un camino desde la soledad.
Lo he aprendido esta tarde,
cuando aquella bañista
cortaba con brazadas de combate
el mirafondos de la luna llena.
Escarbaba las olas,
se batía con ansia,
destruía las curvas de la mar.
Mi compañera, no. Le daba al agua
su presencia interior,
la desnuda templanza del que arena se sabe,

del que ha peregrinado formas, cumbres y espigas
desde el inmenso mundo de una lágrima.

¿Pero a qué habrá venido
esta hormiga a la playa,
ahora que sube la marea
y no podrá ganar la seca orilla
antes de que la envuelvan las espumas?
¿Habrá intuido que fue un rumor también,
una larvada brizna de silencio,
y que cansada de bregar a ciegas
vuelve a buscar, al cabo de los siglos,
la sumergida oscuridad materna,
ese cerrado vientre que nos tiende sus olas
hacia el día que sueña nuestra noche?

A LA VERA DEL BOSQUE

*(Bajo los árboles,
en el monte de Las Mercedes.)*

*A María Peraza de Ayala y Ascanio,
en el solariego afecto de sus padres*

Me hallaba en la colina,
bajo los brezos y las hayas,
oyendo la resaca del viento.
Tan aprisa cruzaba,
tan a las suyas iba,
que no podía recoger la ternura del tomillo silvestre
ni tolerar que la insignia de un ave
distrajese la soledad del cielo.
Pasaba a toda voz, espoleando su carrera.
Yo quería escribir algunas notas,
pero se me tensaban los instantes
y la furia del ramaje
me sumía en un árbol más,
en un insecto al que sobraban todas las palabras,
en un hombre al que estorbaban
todos los pensamientos.
Estar así, en tierra,
oyendo los arranques del aire,
es olvidar la sed de los caminos
que nos conducen a ninguna parte.

Se siente uno entonces con ganas de árbol
y le sorprende que una hormiga
pueda seguir bullendo entre rastros
sin esconderse en su agujero ni ocultarse
del mundo silbador.

Aquí no son posibles las palabras;
si alguien desea hablar ha de cubrirse
con el traje de musgo de los troncos,
agacharse, ponerse a ras de hierba,
al nivel de la hormiga. Más alto, las palabras
se convierten en hojas, en vuelo nada más,
rompiéndose sus pompas de jabón
antes de que puedan expresar lo que quieren.

Cerca estaba mi compañera,
otros excursionistas,

relojes y collares
tintineando dejes de ironía.

El viento seguía pasando
con su vuelo invertido de avión,
nos arrancaba el pañuelo
y sacaba los ojos a puñetazos,
nos obligaba a mantenernos en nuestras raíces,
en un fluido ámbito de nadie.

Unas rachas venían más crecidas,
más de la inmensidad.

Otras se habían marchitado
sin reventar en iras.

Solamente los troncos
tenían serenidad y fortaleza
para los vendavales.

No vibraban, se hundían bajo tierra,
muy abajo, casi con alma de roca sumergida,
verde la hombría de su sombra.

Igual que bajo el viento en la montaña
así vamos ahora, en lucha guerrillera,
caminando por ráfagas,
gritando a bocajarro,
como si ya hubiéramos extraviado el saludo

y sólo nos quedara
el enseñar los puños y los dientes.
Y me dolía mucho de que el viento,
para seguir en libertad,
hubiera abandonado su inocencia
de dialogar con trigos y amapolas.

III

EL HOGAR EN VOLANDAS

MENSAJE AL ESPAÑOL PEREGRINO

Me he acordado de ti muchas veces,
en invierno, en verano,
en la hora nocturna y en el sol de justicia.
En invierno,
cuando la lluvia injerta en la frente los cielos,
tú has estado conmigo,
salpicado también por tus gotas,
no a través del cristal del pensamiento,
sino en mi paso apresurado,
en el gozo de mojar
dentro de un aguacero
que escribe con su letra nuestro nombre.
En verano,
cuando tu piel se vierte con la mía en el mar
—al que estamos unidos en familias de olas,
en rumores de selva y arrebatos de ira—
tú has pisado conmigo la arena de las playas
donde soñamos unos horizontes,
uña y carne de ríos y montañas,
sin manos que cerrasen las puertas
ni llaves que dejaran nuestra amistad en la calle.
Te he dejado mi cuerpo muchas veces
para que lo llevaras
hasta el tronco del árbol donde tus iniciales han crecido
y le cortaste una hojita
que llevarte a los labios.

Te he dejado mi cuerpo para que lo tendieses
bajo este cielo nuestro,
sobre la dulce hierba nueva,
que canta con sus verdes lenguas de fe
la esperanza de la tierra en el hombre.
Te he dejado mi cuerpo para que germinaras
en este aire que lleva nuestra vida en los dientes.
Y ahora, que ya has visto con mis ojos, te entrego
el amigo y la lumbre, la casa y el descanso,
tal como lo vivimos en esta primavera.

CARTA A JOSÉ DOMINGO

Palomas, sí, palomas en el aire
cuando en ti pienso, cuando a mí te atraigo,
por este cielo que miramos juntos,
por esta soledad que nos comparte.
¿Qué otra cosa podemos, codo amigo,
calados de silencio hasta los huesos,
que evocar desde un fondo de ternura
nuestra victoria de hombres derrotados?
Que lloren, sí, que lloren los que aún tienen
arpones de venganza tras las manos,
suyos serán el odio y las tinieblas
que les vede la flor y la mañana.
Para ir a ti le pido a la tristeza
ojos del buen mirar, ojos trigueños,
que puedan envolverte en un impacto
de tiempo sur por islas desveladas.
te siento, sí, te siento en compañero,
tan vivas las palabras como el rostro
de nuestras dos pequeñas en el parque
viendo nadar los cisnes un domingo.
Perdona este recuerdo que te llega
desde la mar de la verdad y las olas,
pero es que a veces el recuerdo habita
la memoria del suelo que pisamos.
Descansa, sí, descansa en las arenas
de riguroso luto de estas playas;

ellas no olvidarán nuestra presencia
de hogueras consumiéndose en la noche.
Mucho nos va muriendo cada instante,
pero otro mucho resucita y pide
libertad para amar nuestras heridas
que de júbilo duelen y de amargura cantan.
Amigos, sí, amigos desde siempre,
de antes de conocernos, cuando fuimos
ritmos de la oscuridad bajo los mares
o de la ahora oscuridad consciente.
Discúlpame, hombro amigo, no era esto
lo que había pensado al escribirte
sino de tus palomas familiares
por estos cielos que miramos juntos.

HA LLEGADO TU CARTA

Sí amigo mío, me basta con tu letra
para saberte entero.
Veo en ella tu rostro, tus ojos más azules,
tu silencio
más fuerte que la pared de mi retiro.
Leyendo en el trigal de tu sonrisa
la distancia es breve valle de nudos,
casi dos manos que se aprietan.
Te veo sin ayer, casi de ahora,
injertado en tu paso,
cruzando el bambú de la sombra por las calles
hasta hacer por su asfalto y por mis sienes
latir tus pensamientos.
el libro que leíamos y el humo del cigarro.
Tu letra, con rasgos de cordero que pacen en la niebla,
tiene rumor de olvido,
de pájaro en la noche,
de caballo en la luna,
de todo lo que aroma, soledad y desposorio
de una alianza en un dedo.
Tu letra, esa flor de la rama de tus brazos,
donde te vas dejando el camino,
donde te guardas y te encuentras,
donde resonará el caracol de tu frente
aún después de que el puño de la tierra
desvanezca tu boca.
Tu letra, más dura que la piedra y la muerte,

palmera o surtidor que da fe de tu vida,
sosteniéndote más allá de tus trajes,
más cerca de las raíces de ti mismo
y el corazón de las tormentas.
Sí, me basta con tu letra para tenerte entero,
desde abeja y corbata hasta ternura y llanto,
desde el barco que hacíamos con pencas de tunera
hasta el irte sin nadie presentirlo,
ni esperarlo,
ni siquiera pensar que era posible.
Con tu palabra escrita puedo tenerte todo,
escribas madre o isla, digas nostalgia o nube,
tengas o no palomas arrullando tus sienes.
La letra, esa semilla de eternidad del hombre.
Que ella te viva siempre sobre el tiempo y la mar.

ME VISITA TU AUSENCIA

A Juan Rodríguez Doreste

Un día llegarás, en el costado de la brisa,
con un valle de palmeras descansando en la frente.
Será la hora en punto de responder a los colores,
la hora en que el rocío
se posa en la hoja de la sangre
con un temblor de pájaro,
la hora en que la mesa recibe la ternura del mantel.
No será necesario que llames a la puerta:
tu nombre sonará como una herida en el rostro,
como los nudillos del silencio en los espejos.
Tus miradas traerán de la mano el horizonte,
la yugular de la alegría
y los sueños de un tren en marcha
hacia las amapolas de los campos de trigo.
Te sentarás aquí, en la butaca
donde el río dejó de ser corriente
para cazar un pato en los cañaverales de la orilla.
Cerraré las persianas para que no te llene
el sol de vidrios el semblante
y pueda ser verdad tu retorno,
y no te caigas hacia adentro, a pies de aguas oscuras,
palpándole los músculos de distancia a los años.
No sé lo que dirás.
Pero nos miraremos con cristal de aumento,
con ojos de zaguanes,

párpados de arco iris
y pestañas de lluvia.
Nos miraremos desde el lomo de un perro
desde el azul de un telegrama,
desde los náufragos del mar,
desde un niño que corre en bicicleta.
Nos miraremos desde los dedos y la sonrisa,
desde el indicador de las balanzas,
desde el césped y el pan,
desde la pedrada que nos dimos un día.
No nos diremos
pero nos rumiaremos los ojos
como los bueyes del silencio y la hierba.
Y todo el aire en torno
tendrá una presión y forma
de una mano en la espalda.

TESTIMONIO

A María Rosa Alonso

Sí, aunque desaparezca,
quédeme esta palabra como un pájaro vivo,
volando siempre sobre los verdes de los campos,
haciendo nido en los cabellos de un corazón enamorado,
en el árbol más fresco del estío.
Sí, palabra mía, cangilón de mi voz,
florécete en el aire,
no te rindas las alas.
Con pasión y verdad has traspasado el día,
con sed madrugadora has movido la noche.
Contigo han sonreído los peces en mis ojos
y se me han desbocado rebeldías.
Contigo he sostenido la libertad en los brazos
y el amor en las yemas de la sangre.
Hija no eres mía; yo soy el que procede de tu trino.
Solamente por ti me he dado a todos.
Y cuando ya no pueda volver a acariciarte,
a gozar de tu sexo de muchacha;
cuando pierda la llave
para entrar en la casa sellada de mi cuerpo
y me quede por fuera de mí mismo,
no temas tu orfandad, palabra mía,
que alguien su soledad compartirá contigo
y labios que sonrían lo que piensen
harán de tu silencio una estrella fugaz.

Pedro García Cabrera nació en Arure, Vallehermoso (La Gomera) en el año 1905 y murió en Santa Cruz de Tenerife en marzo de 1981. Luego de una inicial etapa de formación poética que va de 1922 a 1928 con la aparición de su primer libro de poemas *Líquenes* (1928), establece una doble actividad: una relacionada con la cultura y su adscripción a las vanguardias (con la publicación de varios ensayos teóricos, la fundación de la revista *Cartones*, 1930, y, junto con Eduardo Westerdahl y Domingo Pérez Minik, *Gaceta de Arte*, 1932-1936); la otra, con sus preocupaciones ideológicas que le llevan a la militancia en el PSOE desde 1931 y la participación en las elecciones municipales de ese año en la coalición republicano-socialista. De esos dos aspectos se nutre su obra a lo largo del amplio período de madurez que inaugura el libro *Transparencias fugadas* (1934). Los desastres de la Guerra Civil, por los que es encarcelado y deportado, radicalizarán sus posiciones y ello también es percibido en los libros posteriores a ese hecho crucial en la vida del poeta.

Su amplia producción literaria (que abarca diferentes géneros: el ensayo, la poesía, la narración y el teatro) fue recogida en 1987 en sus *Obras completas* (Consejería de Cultura y Deportes, Gobierno de Canarias) y de ella destacan sus libros de poemas: los citados *Líquenes* y *Transparencias fugadas*, además de *Día de alondras* (1951), *La esperanza me mantiene* (1959), *Entre cuatro paredes* (1968), *Vuelta a la isla* (1968), *Hora punta del hombre* (1970), *Las islas en que vivo* (1971), *Elegías muertas*

de hambre (1975), *Ojos que no ven* (1977), *Hacia la libertad* (1978), *A la mar fui por naranjas* (antología, 1979), *Dársena con despertadores* (1980) y *La rodilla en el agua* (1981).

Domingo-Luis Hernández (Los Realejos, 1954) es Licenciado en Filología Hispánica y Profesor Titular de Escuelas Universitarias (Universidad de La Laguna). Dirige la colección de monográficos *LC* y la revista *La Página*. Ha publicado *La poesía de Rafael Arozarena* (ensayo, 1983), *Triángulo* (novela, 1984), *Ilión, Ilión o Troya irresurgente* (poesía, 1986), *El ojo vacío* (novela, 1986), *Taller de transfiguras* (poesía, 1989) y tiene en prensa *Arbusto en el pantano* (poesía).



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología poética*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABRÉU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PÉREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Ángel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Antología poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Crimen y otros textos*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Poemas de la isla*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra Selecta*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Transparencias fugadas, Dársena con despertadores y Entre cuatro paredes*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología poética*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.
45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.

46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad.*
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita.*
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal.*
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde.*
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos.*
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe.*
52. Nivaria TEJERA: *El barranco.*
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra.*

Se acabó de imprimir
el día 8 de octubre de 1990,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

Un doble compromiso se cierne sobre la obra literaria de Pedro García Cabrera: el del hombre singular con la colectividad y el del poeta con su obra, a su vez relacionada con la efectividad de lo moderno. Lenguaje poético e ideología incidirán en sus preocupaciones, de tal manera que uno y otro polo robustecerán sus efectos transidos por la imprescindible reflexión en las vanguardias de principios de siglo y por la cruda realidad del vencido después del año 1939.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem